

# Presentación del texto de Germán García

## Laura Arroyo

Lic. en Psicología, Psicoanalista. Cartelizante de la Orientación Lacaniana (EOL) Sección La Plata.  
Psicóloga del Centro de Salud N° 19 de La Plata.  
Autora de numerosos textos en revistas especializadas.  
Correo electrónico: larroyo@argentina.com

Germán García, en su original lectura sobre el tema de las pasiones, cita *Passions and the interests*, el libro del economista Alberto Hirschman, quien retoma el antiguo lenguaje de las pasiones para tratar lo que queda por fuera en los intereses de los actores económicos. Sabemos que no todo el mundo busca lo mismo. Con la palabra interés Maquiavelo, designaba una razón de Estado. Luego, el interés pasó a definir los intereses particulares, y económicos de una persona. Esta tesis, señala García, es contemporánea del Seminario *Aun* (1972-1973) donde Lacan se servirá del barroco para hablar del goce: las pasiones, como modo de goce, pondrán en juego la enunciación a partir de los enunciados.

La tesis de Hirschman reconstruye el clima intelectual de los siglos XVII y XVIII para dar cuenta de la transformación ideológica que se produjo en esa época, donde la búsqueda de los intereses materiales, que hasta entonces eran condenados como el pecado mortal de la avaricia, tendrán ahora el papel de contener las pasiones ingobernables y destructivas del hombre. Se trata de una nueva interpretación sobre el surgimiento del capitalismo, que pone énfasis en las continuidades entre lo viejo y lo nuevo, en contraste con la idea de ruptura que caracteriza el pensamiento marxista y weberiano. Con el irónico resultado que pondrá en evidencia como el capitalismo logró lo que pronto sería su peor característica: la represión de las pasiones a favor de los “inofensivos”, bajo la creencia de que activaría tendencias humanas benignas, a costas de pasiones malsanas. Que, como sabemos, no es lo que ocurrió.

La idea de que la codicia ejercería un efecto civilizador provocará un segundo movimiento que llevará a la realización de una conducta codiciosa que reside en el desarrollo de una ciencia de la adquisición. Esto alcanzó su plena expresión en

el siglo XVIII. La posibilidad misma de tal ciencia implica que la conducta codiciosa ha perdido su conexión con las pasiones ingobernables y volviéndose un principio estable del “movimiento humano” susceptible de medirse y limitarse.

En 1915 Freud en su texto *De guerra y muerte* decía: “Habíamos esperado, es cierto, que la grandiosa comunidad de intereses establecida por el comercio y la producción constituiría el comienzo de una compulsión así; no obstante, parece que en esta época los pueblos obedecen más a sus pasiones que a sus intereses. Se sirven a lo sumo de los intereses para racionalizar las pasiones; ponen en el primer plano sus intereses para poder fundar la satisfacción de sus pasiones. ¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen, y aun en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo. Es como si, al reunirse una multitud, (...) todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen sino las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales” (AE XIV, pág. 289)

De modo que esta oposición pasión- interés surge porque hay una reducción del interés al interés económico, como señala Germán García. Fue necesario identificar el yo, con los intereses del yo, con los intereses económicos del ciudadano. Todo lo que entraba en el mercado de intercambio pasará a formar parte de un nuevo paradigma: donde las pasiones quedan de un lado y los intereses del otro.

Llevado al plano de las “pasiones del alma”, Freud consideraba que el yo estaba alterado por las deformaciones que sufría en su trabajo de defensa respecto de la pulsión. De modo que la resolución dependía del grado patológico del yo. El yo, como sostiene Lacan, es una “flor retórica”, es el que tramita las pasiones.

